

Fredy Perlman

El persistente atractivo del nacionalismo

Título original

The Continuing Appeal of Nationalism

Detroit, 1984

Traducción

Concepción Bados

Edición

Etcétera.

Barcelona. 1998



Edición Virtual

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

ΩΑ

Fredy Perlman (1934-1985)

Apunte biográfico

Fredy Perlman buyó de Checoslovaquia, de niño, justo antes de la invasión nazi, evitando, según sus propias palabras, aquel “exterminio de seres humanos racionalmente planeado, una experiencia central en la vida de tantas gentes en un período en que tanto la ciencia como las fuerzas productivas habían adquirido un amplio desarrollo.” La vida y las ideas de Perlman se enmarcan dentro de este contexto -la maquinaria humana y las diferentes respuestas de los seres. Desde su punto de vista, el problema de la libertad está siempre presente: de las leyes y edictos, uno puede aprender a resistir o a escapar, o a ser lo suficientemente brutalizado para convertirse a sí mismo en un represor, una posibilidad que Perlman exploró con agudeza en su ensayo, El Antisemitismo y el Edicto de Beirut (1982).

Gran parte de la lucha teórica y práctica de Perlman consistió en investigar el proceso de alienación y fragmentación ante el cual los seres humanos entregan su autonomía y participan en su propia aniquilación. Trató de este problema en ensayos como La Reproducción de la vida diaria y su libro sobre C. Wright Mills, La incoherencia del intelectual. En su propia existencia, Perlman resistió la fragmentación y la incoherencia racionalizada, escribiendo enfáticamente en el libro sobre Mills, “Lo que importa es el reconocimiento de uno mismo y la ubicación de una realidad que haga posible toda acción coherente”.

Radical deriva de “desde la raíz”, y así fue la perspectiva radical de Perlman, incluso en su vida privada. El problema consistía en ejercer la libertad apropiadamente para convertirse en un ser humano antiautoritario, y poder superar el corte entre el pensamiento y la acción. “El primer paso contra la esquizofrenia social”, escribió, “consiste en unificar el propio yo, o por lo menos, definir las condiciones para la coherencia de uno mismo.”

La seriedad con la que se enfrentó a este problema, le hizo tomar importantes decisiones: la de abandonar los Estados Unidos al estallar la crisis de los misiles cubanos y la de dejar su puesto de profesor en la universidad a finales de los sesenta, y crear, junto con su esposa Lorraine y otros compañeros el proyecto editorial Black and Red, así como la Cooperativa de Impresión en Detroit.

Fue un hombre de gran influencia en el círculo de Detroit. En los años setenta, Perlman avanzó más allá de la teoría marxista y de la historiografía anarquista, más allá de la tecnología y de la modernidad, y se centró en el redescubrimiento de la comunidad humana primitiva para llegar a la comprensión de que el capital no es el resultado inevitable del desarrollo histórico “material”, sino que es una aberración monstruosa. Sin embargo, el tema central de sus preocupaciones, siguió siendo el de la libertad -por qué las gentes eligen ser participantes pasivos de su propia alienación, y por qué las gentes persisten en reproducir las condiciones de su propia miseria.

En los primeros ochenta, Perlman apuntó en su obra “¡Contra la Historia, Contra el Leviathan!” , cuánto había perdido el ser humano en el devenir histórico. Pero, la misma energía que ayudó a Perlman a describir los horrores de la civilización, hizo posible también, que pudiera resaltar las fuerzas de la vida y las expectativas de esperanza. Quedaba claro que “las difíciles condiciones materiales” antes de la civilización, no habían sido tan difíciles como se supone hoy día; la frase “seres que eran mucho pero tenían poco”, describía una vida en la que “las condiciones materiales” eran secundarias o irrelevantes a cualquier tipo de posesión, “no la Posesión de cosas sino posesión del Ser”. Así es como escribía en Contra la Historia, apuntando ideas más sutiles, más poéticas, como si su voz se tornara visionaria.

El redescubrimiento de lo primitivo señalaba el retorno a la naturaleza -a nuestra propia naturaleza- y a una nueva dirección para la libertad. Escribió: “El estado de la naturaleza es una comunidad de libertades -un jardín de frutos, lleno de banquetes, bailes y fiestas.” Esto significaba la afirmación de un paraíso en la tierra -tanto en el pasado remoto y suprimido, como en una promesa inminente. Es obvio que declaraciones tan provocativas provocarían respuestas negativas -el mismo tipo de arrogancia que se mostró contra las brujas, los danzantes paganos, y las co-

munidades aborígenes cuando fueron entregados a las llamas devoradoras. El racionalismo, la metafísica brutalizada de los esclavos cuyo interior está colmado de cadenas y obstáculos, cierra cualquier posibilidad de paraíso. “Aplican la palabra “salvaje” a los libres,” escribía Perlman. “Pero es otro secreto público que los domesticados en algunas ocasiones se tornan salvajes, pero nunca consiguen la libertad en tanto que permanecen atados a sus sufrimientos”.

La capacidad de convertirse en salvaje y de transgredir los límites de nuestro sufrimiento permite la esperanza. “Admito que la resistencia es la respuesta natural a la deshumanización,” observaba, “y, por consiguiente, no necesita de explicación ni de justificación.” Este potencial es inmediato, una presencia dentro de todos nosotros, dado que las gentes “nunca son en conjunto muchas vacías...entonces, queda todavía un rayo de vida y esperanza...”

Perlman fue un brillante teórico, pero también fue cantante, activista político y rebelde intuitivo. Su proyección en la naturaleza y en los poderes curativos de ésta, así como su estudio y comprensión de la India, le hicieron creer en “un cambio de mundos”, más que en la existencia de la muerte. En su último viaje a las playas del lago Hurón, Marilyn y Lorraine le trajeron una piedra con marcas misteriosas. ¿Se trataba de los cuerpos de sus antepasados, de un mensaje que éstos le enviaban? Más tarde, en el comedor, nos pasamos la piedra de mano en mano, sintiendo su extraño y amistoso poder. Perlman no había llegado a la playa, su corazón le estaba fallando. Así que el mensaje de la piedra le llegó como un regalo, como un trozo de paraíso, como un ensueño. Nosotros, sus amigos, pensamos en él y lo sentimos vivo, ahora que ha cruzado al otro lado y descansa en el jardín mientras conversa con los espíritus de las piedras.

Lo llevamos en nuestro corazón, como una piedrecita brillante.

David Watson, 1998

El persistente atractivo del nacionalismo

Al nacionalismo se le proclamó exánime en diversas ocasiones durante el presente siglo:

Después de la Primera Guerra Mundial, cuando los últimos imperios europeos -el austríaco y el turco- resultaron fragmentados en naciones autónomas, de modo que no quedaron más nacionalistas que los sionistas.

Después del golpe de estado bolchevique, cuando se aseguró que las luchas de la burguesía por la autodeterminación habían sido sustituidas por las luchas de las masas trabajadoras que no tenían país.

Después de la derrota militar de la Italia fascista y de la Alemania nacionalsocialista, cuando los resultados del genocidio nacionalista habían sido mostrados a todo el mundo y cuando se pensaba que el nacionalismo, como credo y como práctica se había desacreditado para siempre.

Sin embargo, cuarenta años después de la derrota de los fascistas y del nacionalsocialismo, podemos ver que no sólo ha sobrevivido el nacionalismo, sino que ha renacido con más fuerza. El nacionalismo ha sido revitalizado, no sólo por la llamada derecha, sino más bien y ante todo, por la llamada izquierda. Después de la guerra nacional socialista, el nacionalismo dejó de ser exclusivo de los conservadores, se convirtió en credo y práctica de los revolucionarios, llegando a demostrar en sí mismo, que era el único credo capaz de obtener resultados eficaces.

Tanto los izquierdistas como los revolucionarios nacionalistas insisten en que sus nacionalismos tienen poco que ver con los de los fascistas o los de los nacionalsocialistas; aseguran que sus nacionalismos son los de los oprimidos, que ofrecen tanto la liberación personal como la cultural. Las exigencias de los revolucionarios nacionalistas han sido extendidas por el mundo gracias a dos de las instituciones jerárquicas más antiguas, las cuales

perviven todavía hoy: el estado chino y, más recientemente, la iglesia católica. En la actualidad, el nacionalismo se presenta como una estrategia, ciencia o teología de la liberación, como la culminación del dictado de la ilustración, afirmando que el conocimiento es poder, y también como respuesta a la pregunta *qué se debe hacer*.

Para contrarrestar estos postulados y para tratarlos dentro de un contexto, tengo que preguntarme qué es el nacionalismo, no sólo el nuevo nacionalismo revolucionario, sino también el conservador, aunque ya esté pasado de moda. No puedo empezar definiendo el término, ya que el nacionalismo no es una palabra con una definición estática; es un término que cubre una secuencia de diferentes experiencias históricas. Comenzaré dando un breve repaso a esas experiencias.

Según un concepto erróneo comúnmente aceptado (y manipulador) el imperialismo es relativamente reciente; consiste en la colonización del mundo entero y es el último peldaño del capitalismo. Este diagnóstico apunta a una cura específica: el nacionalismo se ofrece como un antídoto del imperialismo; las luchas por la liberación nacional, supuestamente, resquebrajan el imperio capitalista.

Este diagnóstico se halla al servicio de un propósito, pero no describe ningún evento ni situación. Nos acercamos a la verdad cuando analizamos esta idea desde sus raíces y confirmamos que el imperialismo fue el último peldaño del capitalismo. Los hechos de este acontecimiento no se descubrieron ayer, son tan familiares como el concepto equívoco que los niega.

Por numerosas razones, ha sido conveniente olvidar que hasta siglos muy recientes los gobiernos dominantes en Eurasia fueron imperios y no naciones-estados. Un imperio sagrado a cargo de la dinastía Ming, el imperio islámico gobernado por la dinastía Otomana y el imperio católico, dirigido por la dinastía Habsburgo, todas ellas enfrentadas por obtener posesiones a lo largo del mundo conocido. Los católicos no fueron los primeros imperialistas, sino los últimos. El imperio divino de los Ming dominó la mayor parte de Asia oriental y había flotado grandes naves comerciales allende los mares un siglo antes de que los marineros católicos invadieran México.

Los que celebran el triunfo católico olvidan que entre 1420 y 1430 el burócrata imperial chino Cheng Ho, dirigió expediciones navales de 70 000 hombres y navegó, no sólo alrededor de Malasia, Indonesia y Ceylán, sino que también llegó a puertos del Golfo Pérsico, el Mar Rojo y África. Los que festejan a los conquistadores católicos menosprecian los triunfos imperiales de los Otomanos, quienes conquistaron todas las provincias occidentales del antiguo imperio romano, controlaron el Norte de África, Arabia, Oriente Medio y la mitad de Europa, dominaron el Mediterráneo y se acercaron a las puertas de Viena. Los imperiales católicos se orientaron hacia el oeste, más allá de los límites del mundo conocido para, de este modo, escapar del encierro y el enclaustramiento.

A pesar de todo, fueron los católicos los que “descubrieron América” y los que llevaron a cabo su destrucción genocida así como la exhibición de su “descubrimiento”, cambiando el equilibrio de fuerzas entre los imperios de Eurasia.

¿Habrían sido menos mortíferos los imperios chino y turco si ellos hubieran descubierto América? Los tres imperios consideraban a los extranjeros como inhumanos y, consiguientemente, como sus legítimas presas. Los chinos consideraban a los otros como bárbaros; los musulmanes y los católicos consideraban a los otros como infieles. El término infiel no es tan brutal como el término bárbaro, ya que un infiel cesa de ser una presa legítima y se convierte en un ser humano completo por el simple hecho de convertirse a la verdadera fe, mientras que un bárbaro permanece como presa hasta que ella o él son dominados por el civilizador.

El término infiel y la moral que se esconde detrás del mismo entraron en conflicto con las prácticas de los creyentes católicos. La contradicción entre creencia y comportamiento fue delatada por un crítico muy temprano, un fraile llamado Las Casas, quien apuntó que las ceremonias de conversión eran pretextos para separar y exterminar a los infieles, y que los convertidos no eran tratados como semejantes católicos, sino como esclavos.

Las críticas de Las Casas no hicieron más que importunar a la Iglesia Católica y al emperador. Se aprobaron leyes y se despacharon informadores, pero con poca eficacia, puesto que las dos metas de las expediciones católicas, la conversión y el saqueo,

eran contradictorias. La mayor parte de los hombres de iglesia se reconciliaron con ellos mismos ahorrando el oro robado y emponzoñando sus almas. El emperador católico dependía cada vez más de las riquezas saqueadas para pagar los gastos de la casa real, el ejército, y las flotas que transportaban lo saqueado.

El pillaje siguió teniendo preponderancia sobre la conversión, pero los católicos continuaron sintiéndose en una situación embarazosa. Su credo no se seguía en la práctica. Los católicos terminaron por conquistar a los aztecas y a los incas, a los que describieron como imperios con instituciones similares a las del imperio de los Habsburgo, y con prácticas religiosas tan demoníacas como las del enemigo oficial, el temido imperio de los turcos otomanos. Los católicos no dirigieron sus guerras de exterminio contra comunidades que no tenían ni emperadores ni ejércitos valiosos. Tales hechos, aunque perpetrados con regularidad, entraban en conflicto con su ideología y no eran heroicos en modo alguno.

La contradicción entre la profesión de fe de los invasores católicos y sus hechos no fue resuelta por los imperiales católicos. Se resolvió con el advenimiento de una nueva forma social: las naciones estado. Dos heraldos aparecieron el mismo año, en 1561: el primero, cuando uno de los aventureros de ultramar, proclamó su independencia del imperio y el segundo, cuando varios de los banqueros y proveedores del emperador desencadenaron una guerra de independencia.

El marinero aventurero, Lope de Aguirre, no encontró apoyo suficiente y fue ejecutado.

Los banqueros y proveedores del emperador movilizaron a los habitantes de varias provincias imperiales, y tuvieron éxito al seccionar a esas provincias del imperio (las conocidas más tarde como Holanda).

Estos dos eventos no pueden ser considerados como luchas de liberación nacional. Eran heraldos de acontecimientos por venir. También eran reproducciones del pasado. En el imperio romano, los guardias pretorianos se habían comprometido a proteger al emperador; estos guardias llegaron a asumir algunas de las funciones del emperador y eventualmente, llegaron a manejar ellos mismos el poder, en lugar del emperador. En el imperio árabe

islámico, el califa se había encomendado a los guardias turcos para que protegieran su persona; los guardias turcos, como hicieron antaño los pretorianos, asumieron muchas de las funciones del califa y se adueñaron del palacio y del gobierno imperiales.

Lope de Aguirre y los nobles holandeses no eran los guardias de los monarcas de Habsburgo, pero los aventureros coloniales andinos y las firmas comerciales y financieras holandesas asumieron importantes cargos imperiales. Estos rebeldes, al igual que los guardias pretorianos y turcos deseaban liberarse de la indignidad espiritual y del yugo material de servir al emperador; asumieron los poderes del emperador, que no era para ellos sino un parásito.

Aguirre, el aventurero colonial, fue, aparentemente, un inepto rebelde; su hora no había llegado todavía.

Los nobles holandeses no eran tan ineptos y su hora sí había llegado. No derrocaron el imperio, sino que lo racionalizaron. Las casas comerciales y financieras holandesas poseían, ya entonces, la mayoría de las riquezas del Nuevo Mundo. Las habían recibido como pago por sostener la casa, el ejército y las flotas del emperador. Desde ese momento comenzaron a saquear las colonias en nombre propio y para su propio beneficio, liberados de un señor parásito. Y como no eran católicos, sino protestantes calvinistas, no sintieron ningún remordimiento por las contradicciones entre sus creencias y su comportamiento. No se comprometieron en salvar almas. Su calvinismo les decía que un Dios inescrutable había salvado o condenado a las almas desde el principio de la humanidad y que ningún sacerdote holandés podría cambiar los planes de ese Dios.

Los holandeses no eran cruzados; se confiaron y entregaron a pillajes anti heroicos, sin carácter, en nombre de los negocios y de manera calculada y regularizada. Las flotas saqueadoras partían y regresaban en el tiempo previsto. El hecho de que los extranjeros saqueados fueran infieles fue menos importante que el que no fueran holandeses.

Los iniciadores del nacionalismo en el Oeste de Eurasia acuñaron el término de salvajes. Este término era un sinónimo del de

bárbaro, acuñado por el imperio celestial eurasiático. Ambos términos designaban a los seres humanos como presas legítimas.

En los dos siglos siguientes, las invasiones, subyugaciones y expropiaciones iniciadas por los Habsburgo fueron imitadas por otras casas reales europeas.

Vistos a través de los lentes de los historiadores nacionalistas, los iniciadores coloniales así como sus últimos imitadores se presentaban como naciones: España, Francia, Holanda, Inglaterra. Pero vistos desde una perspectiva del pasado, los poderes colonizadores fueron los Habsburgo, los Tudor, los Estuardo, los Borbones, la Casa de Orange, es decir, unas dinastías idénticas a las familias dinásticas que habían detentado el poder y las riquezas desde la caída del Imperio romano de Occidente. Los invasores pueden ser vistos desde ambos puntos de vista puesto que una transición estaba sucediendo en aquel momento. Estas entidades ya no eran meros estados feudales, pero tampoco eran naciones por completo; poseían algunos, pero no todos los atributos de las naciones estado. Su carencia más notoria era la de un ejército nacional. Los Tudor y los Borbones aún manejaban lo británico y lo francés de sus súbditos especialmente durante las luchas contra los súbditos de otras monarquías. Pero ni los escoceses ni los irlandeses, como tampoco los corsos o los provenzales fueron reclutados para morir por “amor a su patria”. La guerra era una enorme carga feudal, un castigo; los únicos voluntarios eran aventureros que soñaban con el oro; los únicos patriotas fueron los patriotas de El Dorado.

Los dogmas de lo que iba a convertirse en el credo nacionalista no atrajeron a las dinastías gobernantes, que permanecieron afeerradas a sus propios principios. Los nuevos dogmas atrajeron a los más altos funcionarios de la dinastía, a sus prestamistas, a los vendedores de especias, a los proveedores militares y a los saqueadores de las colonias. Estas gentes, al igual que Lope de Aguirre y los nobles holandeses, o los guardias turcos y romanos se apoderaron de cargos importantes aunque siguieron siendo subalternos. Algunos, o la gran mayoría de ellos, se arriesgaron para sacudirse la indignidad y el yugo, para liberarse del señor parásito, para continuar con la explotación de los señores y el saqueo de los colonizados por su cuenta y para su propio beneficio.

Conocidos más tarde como la burguesía de clase media, estas gentes se habían hecho ricos y poderosos desde los días de las primeras flotas comandadas desde el Oeste. Una porción de sus riquezas provenía de las colonias saqueadas como pago de los servicios otorgados al emperador; esta suma de riqueza sería reconocida, más tarde, como una acumulación primitiva de capital. Otra porción de sus riquezas provenía del pillaje a sus propios señores y a los vecinos, por medio de un método conocido más tarde como capitalismo; este método no era completamente nuevo, pero se extendió sobremanera una vez que las clases medias se posesionaron de la plata y del oro del Nuevo Mundo.

Las clases medias se adueñaron de cargos importantes pero no tenían experiencia en controlar el poder central. En Inglaterra derrocaron al monarca y proclamaron una comunidad de riquezas, pero temiendo que las energías populares, que ellos mismos habían movilizado contra las clases altas pudieran volverse contra ellas mismas, pronto restauraron a un monarca de la misma dinastía.

El nacionalismo no estalló, en realidad, hasta finales del siglo XVIII, cuando dos explosiones, separadas por trece años, derrocaron la relativa estabilidad de las clases altas y cambiaron para siempre la geografía política de la tierra. La primera, en 1776, cuando los mercaderes y aventureros colonizadores volvieron a proclamar su independencia -tal como había hecho Aguirre- liberándose de la dinastía gobernante en ultramar; también se asemejaron a su predecesor al movilizar a sus compañeros colonos y conseguir independizarse del imperio británico. Y la otra, en 1789, cuando algunos escribas y mercaderes ilustrados imitaron a los pioneros holandeses, movilizando no sólo unas cuantas provincias sino a la población entera; derrocando y matando al monarca de la casa Borbón y convirtiendo todos los vínculos feudales en vínculos nacionales. Estos dos acontecimientos, marcaron el final de una era. De ahí en adelante, incluso las dinastías sobrevivientes se tornaron gradualmente nacionalistas y los estados que permanecieron monárquicos se posesionaron, más que nunca, de los atributos de las naciones-estado.

Las dos revoluciones del siglo XVIII fueron muy diferentes y contribuyeron con distintos y conflictivos elementos al credo y a la práctica del nacionalismo. No intento analizar aquí estos even-

tos sino sólo recordar al lector algunas de sus características. Ambas rebeliones rompieron con éxito los vínculos de lealtad a una casa monárquica y las dos culminaron con el establecimiento de naciones-estados, pero entre el primer acto y el segundo había muy poco en común. Los principales animadores de ambas revueltas estaban familiarizados con las doctrinas racionalistas de la Ilustración, pero el particular estilo de los americanos los confinó a problemas políticos, principalmente al problema de establecer un mecanismo de estado que continuara donde el rey Jorge se había estancado. Muchos franceses fueron más lejos; plantearon el problema de reestructurar no sólo el estado sino toda la sociedad y criticaron, no sólo el vínculo del sujeto al monarca, sino también el del esclavo al amo, un vínculo que era sagrado para los americanos. Indudablemente, si bien los dos grupos estaban familiarizados con la observación hecha por Jean Jacques Rousseau acerca de que los seres humanos habían nacido libres, aunque por todas partes estuvieran amenazados con cadenas, fueron los franceses los que comprendieron profundamente estas cadenas e hicieron un gran esfuerzo por romperlas.

Influenciados por las doctrinas racionalistas, al igual que Rousseau, los revolucionarios franceses intentaron aplicar la razón social en el medio humano, del mismo modo que la razón natural, o la ciencia, comenzaba a aplicarse, entonces, en el medio natural.

Rousseau había trabajado concienzudamente; había intentado establecer la justicia social por escrito, encargando los asuntos humanos a una entidad que incorporaba la voluntad general. Los revolucionarios se sublevaron para establecer una justicia social no sólo en el papel, sino también en medio de los seres humanos movilizados y armados, muchos de ellos rabiosos, pero la mayoría pobres. La entidad abstracta de Rousseau adquirió la forma concreta de un Comité de Seguridad Pública (o Salud Pública), una organización policial que se consideraba a sí misma como una encarnación de la voluntad general. Los virtuosos miembros del comité, aplicaron conscientemente los fundamentos de la razón a los asuntos humanos. Se consideraron a sí mismos como los cirujanos de la nación. Introdujeron sus obsesiones personales en la sociedad a través de la cuchilla decapitadora del estado.

La aplicación de la ciencia al medio natural adquirió la forma de terror sistemático. El instrumento de la razón y de la justicia fue la guillotina. El terror decapitó a los dirigentes y luego se volvió contra los revolucionarios.

El miedo estimuló una reacción que barrió el terror así como la Justicia. La energía movilizada de los patriotas sedientos de sangre fue enviada al extranjero, para imponer allí, por la fuerza, la Ilustración y expandir la nación en el imperio. El aprovisionamiento de los ejércitos nacionales fue mucho más lucrativo de lo que jamás había sido su homólogo de los ejércitos feudales, de modo que los antiguos revolucionarios pasaron a ser ricos y poderosos miembros de la clase media, que se convirtió entonces en la clase alta, la clase dirigente. Tanto el terror como las guerras labraron un legado fiel al credo y a la práctica de los nacionalismos más recientes.

El legado de la Revolución Estadounidense tuvo un carácter completamente diferente. A los estadounidenses no les preocupaba mucho la justicia y, por el contrario, les preocupaba más la propiedad.

Los colonos invasores de las playas del Este del continente del Norte no necesitaban en absoluto a Jorge de Hannover, lo mismo que a Lope de Aguirre tampoco le había hecho falta Felipe de Habsburgo. Más aún, los ricos y poderosos de entre los colonos necesitaban los mecanismos del rey Jorge para proteger sus riquezas, pero no para obtenerlas. Si podían organizar un aparato represivo por su cuenta, no necesitarían al rey Jorge en absoluto.

Confiados en su habilidad para crear este aparato por su propia cuenta, los esclavistas colonizadores, los especuladores, los exportadores y los banqueros declararon que los impuestos y las leyes del rey eran intolerables. La ley más intolerable fue la que prohibía incursiones desautorizadas en las tierras de los habitantes aborígenes del continente; mientras los consejeros del rey tenían puestos sus ojos en las pieles de animales conseguidas por los cazadores nativos, los ojos de los especuladores se centraban en sus tierras.

A diferencia de Aguirre, los colonizadores federados del Norte consiguieron establecer sus propios mecanismos represivos, y lo

lograron agitando unos mínimos deseos de justicia. Su propósito era derrocar el poder del rey, no el suyo propio. Antes que confiar en exceso en sus poco afortunados colonos predecesores o en los intrusos escondidos en los bosques, por no hablar de sus esclavos, estos revolucionarios se confiaron a mercenarios y a la ayuda indispensable del monarca Borbón, que sería derrocado pocos años después por otros revolucionarios más virtuosos.

Los colonizadores estadounidenses rompieron con los tradicionales lazos feudales de lealtad y obediencia pero, a diferencia de los franceses, sólo reemplazaron gradualmente estos lazos tradicionales por lazos de patriotismo y nacionalismo. Todavía no eran una nación; su reluctantante movilización de las tierras colonizadoras había impedido fusionarlos en uno, y toda esa población, multilingüe, multicultural y socialmente dividida resistió tal fusión. El nuevo aparato represivo no se probó ni experimentó, y no ejerció ningún poder en la lealtad intacta de toda esa población, que todavía no era patriótica. Se necesitaba algo más. Los dueños de esclavos, los cuales habían derrocado a su rey, temían que sus esclavos pudieran derrocar a sus amos; la insurrección de Haití hizo que su miedo fuera menos hipotético. Y aunque ya no temieran ser expulsados hacia el mar por los habitantes aborígenes del continente, los comerciantes y los especuladores comenzaron a inquietarse acerca de su capacidad para adentrarse en el interior de las nuevas tierras.

Los invasores estadounidenses recurrieron a un instrumento que no era un invento nuevo -como lo fue la guillotina- pero que, sin embargo, fue tan eficaz como aquélla. Este instrumento sería llamado racismo un poco más tarde y sería incorporado en la práctica nacionalista. El racismo, como los productos posteriores de los prácticos estadounidenses, era un principio pragmático; su contenido no era importante; lo que importaba era que obtenía resultados.

Los seres humanos fueron movilizados en base a su más bajo y más superficial común denominador y respondieron. La gente que había abandonado sus pueblos y sus familias, aquellos que estaban olvidando sus lenguajes y perdiendo sus culturas, a los que se había desprovisto incluso de sociabilidad, fueron manipulados al considerar el color de su piel como un sustituto de todo lo que habían perdido. Se les hizo sentir orgullosos de algo que

no era siquiera un bien personal -como el lenguaje- una adquisición personal. Se les fusionó en una nación de hombres blancos. (Las mujeres blancas y los niños existían tan sólo como víctimas, como pruebas de la bestialidad de la presa cazada). El alcance de esta lucha agotadora se revela por medio de las no-identidades que los hombres blancos compartían entre ellos: sangre blanca, ideas blancas, y una membresía entre la raza blanca. Los deudores, los intrusos, los sirvientes, como hombres blancos, tenían muchas cosas en común con los banqueros, los especuladores y los dueños de plantaciones; no tenían nada en común con los pieles rojas, pieles negras o pieles amarillas. Fusionados por tal principio, podían ser movilizados por él, convertirse en hombres blancos hacedores de la ley de la calle, en “exterminadores de indios”.

Inicialmente, el racismo fue uno de entre los distintos métodos para movilizar a los ejércitos coloniales y aunque fue explotado mucho más en América de lo que había sido hasta entonces, no suplantó a los otros métodos sino que más bien los complementó. Las víctimas de los pioneros invasores eran descritas como infieles, como paganos. Pero los pioneros, como los holandeses antes, eran en su mayoría cristianos protestantes y consideraban el paganismo como algo para ser castigado y no remediado. Las víctimas continuaron siendo vistas como salvajes, caníbales y primitivos, pero estos términos, dejaron también de ser diagnóstico de las condiciones que podían remediarse y tendieron a convertirse en sinónimos de no-blanco, una condición que no podía ser remediada en modo alguno. El racismo fue la ideología que casaba perfectamente con la práctica de la esclavitud y el exterminio.

La práctica de “la ley de la calle”, el avasallamiento de las víctimas definidas como inferiores atraieron a los matones cuya humanidad era nula y a quienes carecían de cualquier noción de juego limpio. Pero este enfoque no agradó a todos. Los negociantes estadounidenses, en parte dubitativos y, en parte, hombres necesitados de confianza siempre se mostraron optimistas. Para los numerosos San Jorges con alguna noción de honor y sed de heroísmo el enemigo era considerado como algo diferente; para ellos había naciones tan ricas y poderosas como la suya en los bosques tras las montañas y en las playas de los grandes lagos.

Los que participaron en las heroicas gestas de los españoles imperiales encontraron imperios en el México central y al Norte de los Andes. Los que festejaron a los héroes americanos nacionalistas encontraron naciones; transformaron resistencias desesperadas de poblaciones anárquicas en conspiraciones internacionales controladas por militares como el general Pontiac y el general Tecumseh; poblaron los bosques con formidables líderes nacionales, personal eficiente, y ejércitos de incontables tropas patrióticas; proyectaron sus propios mecanismos represivos en lo desconocido; vieron una copia exacta de ellos mismos, con todos los colores invertidos, algo como un negativo fotográfico. De modo que el enemigo se convirtió en un igual en términos de estructura, poder y propósitos. La guerra contra tal enemigo no sólo era un juego limpio; era necesaria, una cuestión de vida o muerte. Los demás atributos del enemigo -paganismo, salvajismo, canibalismo- hicieron más urgentes las tareas de expropiación, esclavitud y exterminio; también las convirtieron en hechos heroicos.

El repertorio del programa nacionalista se encontraba completo en ese momento. Esta afirmación puede asombrar al lector que todavía no ve ninguna “nación real” en perspectiva. Los Estados Unidos eran una colección de etnias multilingües, multirreligiosas y multiculturales, y la nación francesa había desbordado sus fronteras y se había convertido en el imperio napoleónico. El lector podría intentar aplicar una definición de nación como un territorio organizado conformado por gentes que comparten un lenguaje, una religión y unas costumbres comunes, o por lo menos, uno de estos tres factores. Tal definición, clara, concisa y estática no es una descripción de este fenómeno sino una apología del mismo, su justificación. Tal fenómeno no fue una definición estática sino un proceso dinámico. El lenguaje, la religión y las costumbres comunes como la sangre blanca de los colonizadores estadounidenses fueron meros pretextos, instrumentos para movilizar a los ejércitos. La culminación del proceso no fue la unificación de los factores en común sino el agotamiento, la pérdida total del lenguaje, la religión y las costumbres; los habitantes de la nación hablaron el lenguaje del capital, adoraron en el altar del estado y confiaron sus costumbres a lo permitido por la policía nacional.

El nacionalismo se opone al imperialismo en el ámbito de las definiciones. En la práctica, el nacionalismo fue la metodología que condujo al imperio del capital. El continuado incremento del capital, a menudo denominado como progreso material, desarrollo económico o industrialización, fue la actividad principal de las clases medias, de la burguesía, ya que lo que ellos poseían era el capital; las clases altas poseían estados.

El descubrimiento de nuevos mundos de riqueza engrandeció enormemente a la clase media, pero también la hizo vulnerable. Los reyes y nobles, que inicialmente habían celebrado las riquezas saqueadas en el Nuevo Mundo, se resintieron de la pérdida de casi todas sus ganancias en manos de sus mercaderes de clase media. No se podía continuar de esta manera. La riqueza no llegaba de forma utilizable, los mercaderes proveían al rey con cosas que él podía usar en intercambio por las riquezas expropiadas. Todavía más, los monarcas que se veían empobrecer mientras que sus mercaderes y comerciantes se enriquecían no dudaron en atacar con sus ejércitos para saquear a sus ricos comerciantes. Como consecuencia, la clase media sufría golpes constantes bajo el antiguo régimen, golpes a sus propiedades. El ejército y la policía reales no eran protectores de confianza para sus propiedades por lo que los poderosos mercaderes, que ya tenían en sus manos los negocios del imperio, tomaron medidas para poner fin a tanta inestabilidad. Se hicieron, además, cargo de la política. Podían contratar ejércitos privados y lo hicieron a menudo. Pero, tan pronto como los instrumentos para movilizar a los ejércitos nacionales y a las fuerzas de la policía nacional aparecieron en el horizonte, los castigados hombres de negocios recurrieron a ellos. La principal virtud de una fuerza nacional armada es que ésta garantiza que un sirviente patriótico luchará junto con su propio amo contra el sirviente del amo enemigo.

La estabilidad asegurada por los mecanismos represivos nacionales dio a los amos algo así como un invernadero en el que su capital podía crecer, incrementarse y multiplicarse. El término crecimiento y sus derivados provienen del propio vocabulario capitalista. Esta gente visualiza la unidad de capital como un grano o semilla que se invierte en suelo fértil. En la primavera ven brotar una planta de cada semilla. En verano cosechan tantas semillas de cada planta que, después de pagar por el terreno, por el sol y la lluvia, todavía tienen más semillas de las que te-

nían al inicio del proceso. Al año siguiente sus campos son más grandes y, gradualmente, todo el terreno se mejora. En realidad, los granos iniciales son dinero; el sol y la lluvia son las energías gastadas por los trabajadores; las plantas son fábricas, talleres y minas; los frutos cosechados son comodidades, pedazos de un mundo procesado; el exceso o las semillas adicionales, los beneficios, son ganancias que el capitalista retiene para sí, en lugar de repartirlas entre los trabajadores.

El proceso en su totalidad consistió en convertir las sustancias naturales en materias vendibles o en comodidades y en encerrar a los trabajadores asalariados en las plantas procesadoras.

El matrimonio entre el Capital y la Ciencia fue el responsable del enorme salto en el que hoy vivimos. Los científicos puros descubrieron componentes entre los cuales podía descomponerse el medio natural; los inversores colocaron sus apuestas en los diferentes métodos de descomposición; los científicos aplicados y los directores vieron que los salarios de los trabajadores se llevaban el proyecto consigo. Los científicos sociales inspeccionaron modos para hacer menos humanos a los trabajadores, más eficaces y más parecidos a máquinas. Gracias a la ciencia, los capitalistas fueron capaces de transformar gran parte del medio natural en un mundo procesado, en artificio, y reducir a una mayoría de seres humanos en eficaces servidores de este artificio.

El proceso de la producción capitalista fue criticado y analizado por diversos filósofos y poetas, entre los que sobresale Karl Marx. Sus críticas animaron -todavía continúan haciéndolo- los movimientos militantes socialistas.¹ Pero Marx fundamentó un gran error y muchos de sus discípulos, y aun los que no lo fueron, edificaron sus plataformas basándose en ese error. Marx fue un defensor entusiasta de las luchas de la burguesía por liberarse de los lazos feudales -¿quién no era entusiasta en aquéllos días? Marx, quien observó que las ideas dominantes de una sociedad provenían de la clase dominante, compartió muchas de sus ideas con la enriquecida nueva clase media. Fue un entusiasta de la Ilustración, del racionalismo, del progreso material. Fue Marx

¹ El subtítulo del primer volumen de *El Capital* es una crítica de política económica: el proceso de producción capitalista. (Charles H. Kerr y Co., 1906; reeditada por Random House).

quien, con mucho acierto, apuntó que cada vez que un obrero reproducía el poder de su trabajo, cada minuto dedicado a una tarea asignada, agrandaba el material y los mecanismos sociales que lo deshumanizaban. Pero, al mismo tiempo, defendió con entusiasmo la aplicación de la ciencia a la producción.

Marx llevó a cabo un complejo análisis del proceso de producción como explotación del trabajo, pero hizo superficiales y relictantes comentarios acerca de los pre-requisitos para la producción capitalista, sobre el capital inicial que hacía posible tal proceso.² Sin el capital inicial no habría podido haber inversiones, ni producción, ni el gran salto hacia adelante que hubo después. Este requisito fue analizado por el temprano marxista ruso soviético Preobrazhensky, quien tomó prestados diferentes puntos de vista de la marxista polaca Rosa Luxemburg hasta formular su teoría de la acumulación primitiva.³ Preobrazhensky entendía por primitiva la base del edificio capitalista, sus cimientos, sus prerrequisitos. Todos ellos no pueden emerger del proceso capitalista en sí mismo si tal proceso no se halla en camino. Debe provenir, y así lo hace, desde afuera del proceso de producción. Viene de las colonias saqueadas. Viene de las poblaciones coloniales expropiadas y exterminadas. En los primeros días, cuando no existían las colonias de ultramar, el primer capital -requisito para la producción capitalista- se les había exprimido a las colonias internas, a los campesinos saqueados cuyos campos les eran arrebatados y las cosechas robadas; también, de los recién expulsados judíos y musulmanes, a quienes les fueron expropiadas sus pertenencias.

La preliminar acumulación de capital no es algo que sucediera de una vez, en un pasado distante y no haya sucedido nunca más después. Es algo que continúa acompañando al proceso de la producción capitalista y es una parte integrante del mismo. El proceso descrito por Marx es el responsable de los beneficios regulares esperados; el proceso descrito por Preobrazhensky es responsable de los ascensos, las derrotas, y los grandes adelantos del futuro. Los beneficios regulares son destruidos periódicamente.

² *Ibidem.*, pág. 784-850; parte VIII: “La llamada acumulación primitiva”.

³ E. Preobrazhensky, *The New Economics* (Moscú, 1926; la traducción en inglés fue publicada por Clarendon Press, Oxford, 1965), un libro que anunciaba la terrible “ley de acumulación socialista primitiva”.

te por crisis endémicas al sistema; inyecciones nuevas de capital preliminar son la única cura conocida a estas crisis. Sin una continuada primitiva acumulación de capital, el proceso de producción se habría detenido; cada crisis tendería a ser permanente.

El genocidio -el exterminio racional calculado de los seres humanos designados como presas- no ha sido considerado una aberración mientras acontece una pacífica marcha del progreso. El genocidio ha sido un requisito de ese progreso. Esa es la razón por la que las fuerzas armadas nacionales fueron indispensables para los detectores del capital. Esas fuerzas no sólo protegieron a los dueños del capital de las masas insurrectas de sus propios explotados asalariados. Esas fuerzas, además, capturaron el Santo Grial, la linterna mágica, el capital preliminar, rompiendo las puertas de los foráneos resistentes o no resistentes, al explotarlos, deportarlos o asesinarlos.

Las hazañas de los ejércitos nacionales son las marcas de la marcha del progreso. Estos ejércitos patrióticos fueron, y todavía lo son, la séptima maravilla del mundo. En ellos, el lobo duerme al lado del cordero, la araña al lado de la mosca. Para ellos, los asalariados fueron las presas de los explotadores, los campesinos deudores la presa de los acreedores, los mendigos la presa de los advenedizos en una empresa estimulada, no por el amor sino por los menospreciados, odiados de las hipotéticas fuentes del capital primitivo y designados como infieles, salvajes, razas inferiores.

Comunidades humanas tan diferentes en sus modos y creencias como los pájaros lo son en sus plumajes, fueron invadidas, despojadas y exterminadas hasta un punto donde la imaginación no puede alcanzar. Los vestidos y utensilios de las comunidades vencidas fueron reunidos como trofeos y exhibidos en museos como hazañas adicionales de la marcha del progreso; las creencias y costumbres extinguidas se convirtieron en objeto de curiosidad de las diferentes ciencias de los invasores. Los campos, bosques y animales expropiados fueron considerados como bonanza, como capital preliminar, como una precondition del proceso de producción que tenía que cambiar los campos en granjas, los árboles en madera, los animales en sombreros, los minerales en municiones, los sobrevivientes humanos en mano de obra barata. El genocidio fue y, todavía lo es, la condición pre-

liminar, la piedra de toque y el trabajo principal de las empresas industriales y militares, de los medios ambientes procesados, del mundo de las oficinas y los aparcamientos.

El nacionalismo se acomodaba tan perfectamente a esta doble misión -domesticar a los trabajadores y despojar a los extranjeros- que agradó a todo el mundo, es decir, a todo el que aspirara o deseara detentar una porción de capital.

Durante el siglo XIX, especialmente durante su segunda mitad, cada poseedor de capital inestable descubrió que tenía raíces entre los paisanos movilizables que hablaban su lengua materna y adoraban a los dioses de su padre. El fervor de tal nacionalista era transparentemente cínico, ya que él es el hombre que ha perdido sus raíces entre las relaciones de sus padres: encontró la salvación en sus ahorros, rezó por sus inversiones y habló el lenguaje de los costos de la inversión. Pero aprendió, de los estadounidenses y de los franceses, que aunque no podía movilizar a sus paisanos como sirvientes o clientes leales, los podía movilizar como leales compañeros italianos, griegos o alemanes, como leales católicos, ortodoxos o protestantes. Las lenguas, las religiones y las costumbres se convirtieron en materiales para la construcción de las naciones-estado. Estos materiales a su servicio fueron medios y no fines. El propósito de las entidades nacionales no era desarrollar las lenguas, las religiones o las costumbres, sino desarrollar economías nacionales, para hacer del país un campo de minas y fábricas, para convertir a los estados dinásticos en empresas capitalistas. Sin el capital no habría municiones ni reservas, ni ejércitos nacionales ni naciones.

El ahorro y las inversiones, la búsqueda de mercados y el gasto de costes, las obsesiones de la reciente clase media racionalista, se convirtieron en las obsesiones de la clase dominante. Estas obsesiones racionalistas se tornaron no sólo soberanas sino también exclusivas. A los individuos que detectaron otras obsesiones, las irracionales, se les llevó a los manicomios y asilos.

Las naciones habían sido un día monoteístas, pero ya no lo eran; el último dios o dioses habían perdido su importancia excepto entre los materiales servibles. Las naciones eran mono obsesivas y si el monoteísmo servía a la obsesión dominante, por eso se le movilizó. La Primera Guerra mundial marcó el final de una fase del proceso nacionalizador, la fase que comenzó con

las revoluciones americana y francesa, la fase que había sido anunciada mucho antes con la declaración de Aguirre y la revuelta de los nobles holandeses. Las conflictivas demandas de las antiguas y las nuevas naciones constituidas fueron, de hecho, las causas de esa guerra. Alemania, Italia, y Japón así como Grecia , Serbia y la América Latina colonial habían tomado la mayoría de los atributos de sus predecesores nacionalistas, se habían convertido en imperios nacionales, en monarquías y repúblicas, y los más poderosos de los recién llegados aspiraban a conseguir el atributo del que carecían, el más importante: el imperio colonial. Durante esa guerra todos los componentes movilizables de las dos dinastías imperiales reinantes, los Otomanos y los Habsburgo, se constituyeron en naciones. Cuando los burgueses con diferentes lenguas y religiones, como los turcos y los armenios, reclamaron el mismo territorio, como eran más débiles fueron tratados como los llamados indios americanos; fueron exterminados. La soberanía nacional y el genocidio fueron -y lo son todavía- corolarios suyos.

Un mismo lenguaje y una misma religión parecen ser los corolarios de la nacionalidad, pero sólo como una ilusión óptica. Como materiales de unificación, se usaron las lenguas y las religiones cuando servían a sus propósitos y cuando no servían fueron rechazadas. Ni la Suiza multilingüe ni la Yugoslavia multirreligiosa fueron suprimidas de la familia de naciones. La forma de las narices y el color del pelo podían usarse para movilizar patriotas -y lo fueron más tarde. Las herencias compartidas, las raíces y los rasgos comunes tenían que satisfacer un único criterio: el de la razón pragmática al estilo estadounidense: ¿No había dado buenos resultados? Todo lo que daba buenos resultados era usado. Los rasgos compartidos eran importantes no por su contenido histórico, filosófico o cultural, sino porque eran útiles para organizar una policía que protegiera la propiedad nacional y para movilizar una armada que saqueara las colonias.

Una vez constituida la nación, los seres humanos que vivían en territorio nacional, pero que no poseían los rasgos nacionales, podían ser transformados en colonias internas, principalmente en fuentes de capital preliminar. Sin éste, ninguna nación podría ser grande y las naciones que aspiraban a la grandeza, pero que carecían de las colonias de ultramar adecuadas, podrían solucio-

narlo con el saqueo, la exterminación y la expropiación de sus conciudadanos que no poseyeran aquellos rasgos nacionales.

El establecimiento de las naciones-estado fue recibido con eufórico entusiasmo por los poetas, así como por los campesinos que pensaron que sus musas o sus dioses habían bajado de una vez a la tierra. Entre los que ondeaban banderas y los que lanzaban confetti voladores, había unos cuantos pañuelos húmedos: eran los de los últimos dirigentes, los de los colonizados, los de los discípulos de Karl Marx.

Los derrotados y los colonizados no se mostraban entusiasmados por razones obvias. Los discípulos de Marx no eran entusiastas porque habían aprendido de su maestro que la liberación nacional implicaba la explotación nacional; que el gobierno nacional era el comité ejecutivo de la clase capitalista nacional, que la nación no tenía más que cadenas para los trabajadores. Estas estrategias para los trabajadores, quienes en sí mismos no eran ya trabajadores sino tan burgueses como los dirigentes capitalistas proclamaron que los obreros no tenían país y se organizaron en una Internacional. Esta se fragmentó en tres, y cada una de ellas avanzó rápidamente en el mismo error en que había caído Marx.

La Primera Internacional fue conducida por el que una vez fuera traductor de Marx y por entonces antagonista suyo: Bakunin, un rebelde que había sido un ferviente nacionalista hasta que oyó acerca de la explotación por boca de Marx. Bakunin y sus compañeros, rebeldes contra cualquier autoridad, se rebelaron también contra la autoridad de Marx; sospecharon que Marx intentaba convertir la Internacional en un estado tan represivo como la combinación de lo feudal y lo nacional. Bakunin y sus seguidores no eran ambiguos respecto al rechazo de cualquier estado, pero sí lo eran acerca de la empresa capitalista. Todavía más que Marx, glorificaban la ciencia, celebraban el progreso material y apoyaban la industrialización. Como rebeldes, consideraban que cada lucha era una buena lucha, pero la mejor de todas era la lucha contra los últimos enemigos de la burguesía, contra los señores feudales y la Iglesia Católica. De modo que la Internacional de Bakunin floreció en lugares como España, donde la burguesía no había completado su lucha por la independencia y, sin embargo, se había aliado con los barones feudales y la iglesia

para protegerse de los trabajadores insurgentes y de los campesinos. Los bakunistas pelearon por completar la revolución burguesa sin y contra la burguesía. Se denominaron a sí mismos anarquistas y desdeñaron cualquier estado, pero no comenzaron a explicar cómo debía procurarse la industria preliminar o la subsiguiente, el progreso y la ciencia, principalmente el capital, sin ejércitos ni policía. Nunca se les dio la oportunidad real para resolver sus contradicciones en la práctica y hasta el día de hoy no han conseguido resolverlas. Los seguidores de Bakunin, ni siquiera se han dado cuenta de que existe una contradicción entre anarquía e industria.

La Segunda Internacional, menos rebelde que la primera, pactó enseguida con el capital así como con el estado. Sólidamente atrincherados en la equivocación de Marx, los miembros de esta organización no se inmiscuyeron en ninguna contradicción bakunista. Para ellos era obvio que la explotación y el pillaje eran condiciones necesarias para el progreso material y se reconciliaron, en realidad, con lo que no tenía solución. Todo lo que exigían era un mejor reparto de los beneficios entre los trabajadores y puestos en el buró político para sí mismos como portavoces de los trabajadores. Como los buenos unionistas que los precedieron y siguieron, los profesores socialistas estaban molestos por “el problema colonial”, pero su malestar, como el de Felipe de Habsburgo, simplemente les dio mala conciencia. Con el tiempo, muchos de los socialistas, los imperiales alemanes, los daneses realistas y los franceses republicanos cesaron incluso de ser internacionalistas.

La Tercera Internacional no sólo no se avino con el capital y el estado, sino que los hizo su diana final. Esta Internacional no estuvo formada por rebeldes o disidentes intelectuales; fue creada por un estado, el estado ruso, después que el partido bolchevique se instalara en los despachos estatales. El papel principal de esta Internacional fue proclamar las hazañas del renovado estado ruso, de su partido dirigente, y las del fundador del partido: un hombre que se hacía llamar Lenin. Las hazañas de ese partido y su fundador fueron sin duda decisivas, pero sus emisarios hicieron lo que pudieron para ocultar lo que fue más característico en ambos.

La Primera Guerra Mundial había eliminado dos vastos imperios. El imperio chino, el estado más antiguo del mundo, y el imperio de los Zares, una operación mucho más reciente; ambos quedaron suspendidos entre la posibilidad de tornarse ellos mismos naciones-estado y la de descomponerse en unidades más pequeñas, como habían hecho sus contraponentes: los Otomanos y los Habsburgo.

Lenin resolvió ese dilema para Rusia. ¿cómo lo hizo posible? Marx había observado que un individuo solo no podía cambiar las circunstancias; lo que podía hacer era valerse de aquellas. Probablemente Marx tenía razón. La hazaña de Lenin no consistió en cambiar las circunstancias, sino en servirse de ellas de una manera extraordinaria. Esta hazaña fue monumental en cuanto a su oportunismo.

Lenin fue un burgués ruso que se alzó contra la debilidad y la ineptitud de la burguesía rusa.⁴ Un entusiasta del desarrollo capitalista, un ardiente admirador del estilo pragmático estadounidense que no se alió con los que criticaba sino más bien con sus enemigos: los discípulos anticapitalistas de Marx. El mismo utilizó la equivocación de Marx para transformar su crítica del proceso de producción capitalista en un manual para desarrollar el capital, una guía de “cómo llevarlo a cabo”. Los estudios de Marx sobre la explotación y el empobrecimiento se convirtieron en comida para los hambrientos, la cornucopia, un hallazgo virtual de plenitud. Los negociantes estadounidenses ya habían comercializado la orina como manantial, pero ningún estadounidense confiado había dirigido, por el momento, una inversión de semejante magnitud.

Las circunstancias no cambiaron. Cada escalón de la inversión fue conducido con circunstancias utilizables, con métodos com-

⁴ Ver V. I Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Moscú: Progress Publishers, 1964; publicado por primera vez en 1899). Cito de la página 599: “ Si...comparamos la actual rapidez del desarrollo con lo que puede conseguirse con el nivel general de técnica y de cultura tal y como funciona hoy día, el actual ritmo de desarrollo del capitalismo en Rusia debe ser considerado realmente como lento. Y no puede ser sino lento ya que en ningún país capitalista ha habido nunca tan enorme sobrevivencia de instituciones antiguas que son incompatibles con el capitalismo, retrasan su desarrollo y hacen mucho peores las condiciones de los productores ...”.

probados. Los campesinos rusos no podían ser movilizados en términos de ser rusos, o la ortodoxia, o la blancura de su piel; pero lo podían ser en términos de su explotación, su opresión, sus períodos de sufrimiento bajo el despotismo de los zares. La opresión y la explotación se convirtieron en materiales de peso. Los largos sufrimientos bajo los zares fueron usados del mismo modo y con el mismo propósito que los estadounidenses usaron el cuero cabelludo de las mujeres blancas y de los niños; se les usó para organizar a la gente en unidades de lucha, en embriones del ejército nacional y en la policía nacional.

La presentación del dictador y el comité central del proletariado liberado como una dictadura parecía ser algo nuevo, aunque sólo lo fue en cuanto al discurso que se usó. En realidad este acontecimiento se emparentaba con algo tan antiguo como los faraones de Egipto y los jefes de Mesopotamia, quienes fueron elegidos por su Dios para gobernar a su pueblo y quienes encarnaban a su pueblo en sus diálogos con su Dios. Así que sólo fue un experimentado y verificado cambio de dirigentes. Incluso si los precedentes más antiguos se habían olvidado temporalmente, un precedente más reciente había sido provisto por el Comité Francés de Salud Pública, que se había propuesto a sí mismo como encarnación de la voluntad general de la nación.

La meta -el comunismo- el derrocamiento y la supresión del capitalismo, parecían nuevos, parecían aportar un cambio en las circunstancias. Pero sólo el discurso era nuevo. El propósito del dictador del proletariado se hizo al estilo del progreso estadounidense: desarrollo capitalista, electrificación, rápida transformación de las masas, ciencia, el procesamiento del medio ambiente natural. Su meta fue el capitalismo que la débil e inepta burguesía rusa no había conseguido desarrollar. Con *El Capital* de Marx como guía y luz, el dictador y su partido podían desarrollar el capitalismo en Rusia; éstos se presentarían como sustitutos de la burguesía y usarían el poder del estado no sólo para vigilar el proceso, sino también para organizarlo y dirigirlo.

Lenin no vivió lo suficiente para demostrar su virtuosismo como director general del capital ruso pero, su sucesor, Stalin demostró ampliamente los poderes de la máquina del fundador. El primer peldaño fue la primitiva acumulación de capital. Si Marx no había sido muy claro en este punto, Preobrazhensky sí lo había

sido. Por eso se le encarceló, aunque su descripción de los métodos verificados para procurar capital preliminar se aplicaron a la enorme Rusia. El capital preliminar de los ingleses, los americanos, los belgas y otros capitalistas provenía de las colonias saqueadas de ultramar. Rusia no tenía colonias. Pero esta carencia no era ningún obstáculo. Toda Rusia quedó transformada en una colonia.

Las primeras fuentes de capital preliminar fueron los Kulaks, los campesinos que tenían algo que valía la pena saquear. Este hallazgo fue tan exitoso que se aplicó a los campesinos restantes con la racional expectativa de que pequeñas cantidades apropiadas a muchas gentes suponían una sustancial cantidad.

Los campesinos no fueron los únicos colonizados. La antigua clase dirigente había sido expropiada de todas sus riquezas y propiedades, y todavía se encontraron otras fuentes de capital preliminar. Con la totalidad del poder estatal concentrado en sus manos, los dictadores, muy pronto, descubrieron que podían manufacturar fuentes de acumulación primitiva. Empresarios con éxito, trabajadores molestos y campesinos militantes de las organizaciones en competencia, e incluso los miembros desilusionados del partido, fueron designados como contrarrevolucionarios, fueron apresados, expropiados y enviados a los campos de trabajo. Todas las deportaciones, las ejecuciones en masa y las expropiaciones de los primeros colonizadores se dieron otra vez, de nuevo, en Rusia.

Los primeros colonizadores, siendo pioneros, habían superado el error y el juicio. Los dictadores rusos no tuvieron que superar ni el error ni el juicio. En su época, todos los métodos para procurar capital preliminar se habían verificado y comprobado, de modo que pudieron aplicarse científicamente. El capital ruso se desarrolló en una atmósfera totalmente controlada, un invernadero. Cada nivel, cada variable, eran controlados por la policía nacional. Funciones que se habían dejado al azar o a otros cuerpos en ambientes menos controlados cayeron ante la policía del invernáculo ruso. El dato de que los colonizados estaban en el interior y no en el exterior, y por consiguiente, sujetos al arresto y no a la conquista, incrementó más aún el papel y el tamaño de la policía. Con el tiempo, la omnipotente y omnipresente policía se convirtió en la visible emanación y la encarnación del proleta-

riado, y el comunismo se convirtió en el sinónimo de una organización policial total y de control.

Las expectativas de Lenin no fueron cumplidas en su totalidad por el invernáculo ruso. La policía capitalista logró esperanzas de procurar capital preliminar de los expropiados contrarrevolucionarios, pero no lo hizo tan bien como dirigir el proceso de producción capitalista. Puede que sea un poco pronto para hablar con seguridad, pero hasta la fecha esta policía burocrática ha sido por lo menos tan inepta en su papel como la burguesía a la que Lenin había atacado; sus aptitudes para descubrir cada día nuevas fuentes de capital preliminar parece ser la única razón que la mantuvo a flote.

El atractivo de este mecanismo tampoco se correspondió con el nivel de expectativas de Lenin. El aparato de la policía leninista no les gustó ni a los empresarios ni a los políticos establecidos; no pudo recomendarse en sí mismo como método superior para dirigir el proceso de producción. Le agradó, sin embargo, a una clase social diferente, una clase que voy a intentar describir y se recomendó a sí mismo para esta clase, en primer lugar como un método para alcanzar poder nacional y, en segundo lugar, como método de acumulación primitiva de capital.

Los herederos de Lenin y de Stalin no fueron realmente guardias pretorianos, tampoco fueron supervisores del poder económico y político en nombre y a beneficio de un monarca superfluo; fueron pretorianos instruidos, buscadores de poder económico y político que se desesperaron al no poder alcanzar ni siquiera unos niveles de poder intermedio. El modelo leninista les ofreció a esas gentes la posibilidad de alcanzar esas capas intermedias de poder incluso dentro del mismo palacio.

Los herederos de Lenin fueron abogados y oficiales de poca categoría: Mussolini, Mao Zedong y Hitler, gentes que como el mismo Lenin, culparon a sus ineptas y débiles burguesías de no haber establecido naciones poderosas.

(No incluyo a los sionistas entre los herederos de Lenin porque estos pertenecen a una generación posterior. Fueron los contemporáneos de Lenin quienes, quizás independientemente, descubrieron el poder de la persecución y el sufrimiento como materiales útiles para la movilización del ejército nacional y de la

policía. Los sionistas hicieron sus propias aportaciones. Su tratamiento de una población religiosa dispersa como nación, su imposición de la nación-estado capitalista como fin y medio de existir de la población, y su reducción de la herencia religiosa a una herencia racial, aportaron elementos significativos a la metodología nacionalista, y tuvieron funestas consecuencias cuando fueron aplicadas a la población judía -muchos de ellos no-sionistas- por otra población reunida bajo el nombre de “raza alemana”).

Mussolini, Mao Zedong y Hitler atravesaron la cortina de slogans y tomaron las hazañas de Lenin y Stalin por lo que eran: métodos exitosos de alcanzar y mantener el poder estatal. Los tres aplicaron las esencias de esta metodología. El primer peldaño fue contactar con los estudiosos del poder y formar un núcleo de organización policial, un mecanismo llamado Partido, desde los tiempos de Lenin. El siguiente peldaño fue reclutar las masas de base, tropas disponibles y proveedores de tropas. El tercer peldaño fue acorralar al aparato estatal, instalar a un teórico en los despachos del Duce, Dirigente o Fuhrer, distribuir la policía y las funciones de gobierno entre la élite y poner a las masas de base a trabajar. El cuarto peldaño fue asegurar el capital preliminar necesario para reparar u organizar una compleja industria militar capaz de mantener a los líderes nacionales y a sus oficiales, a la policía, al ejército y a los dirigentes industriales; sin ese capital no podía haber armas, ni poder, ni nación.

Los herederos de Lenin y Stalin llevaron más lejos esta metodología, en sus impulsos reclutadores, minimizando la explotación capitalista y concentrándose en la opresión nacional. El hablar de explotación ya no servía a sus propósitos, y se había convertido en algo molesto ya que era totalmente obvio, especialmente para los asalariados, que los exitosos revolucionarios no sólo no habían terminado con el trabajo asalariado sino que lo habían extendido y empeorado.

Como eran tan pragmáticos como los empresarios americanos, los nuevos revolucionarios no hablaron de liberación de los asalariados sino de liberación nacional.⁵ Este tipo de liberación no

⁵ O la liberación del estado: “Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación”. Es el estado el que crea la nación, otorgando voluntad y por consiguiente vida real entre las gentes conscientes de su unidad

era un sueño de románticos utópicos; fue, precisamente, lo único posible en aquel mundo existente; lo que uno tenía que hacer era servirse de las circunstancias que ya existían para hacer posible el sueño. La liberación nacional consistió en la liberación del dirigente nacional y de la policía nacional de las cadenas de la pobreza; la investidura del dirigente y el establecimiento de la policía no eran sueños sino los componentes de una estrategia comprobada y experimentada: una ciencia.

Los partidos fascistas y nacionalsocialistas fueron los primeros en demostrar que la estrategia tenía resultados y que las hazañas del partido bolchevique podían repetirse. El dirigente nacional y sus cargos se instalaron en el poder y trataron de procurar el capital preliminar necesario para la grandeza de sus naciones. Los fascistas se concentraron en una de las últimas regiones sin invadir, en África, y se adentraron allí como en otras épocas los primeros industriales se habían adentrado en los imperios coloniales. La meta de los nacional-socialistas fueron los judíos, unas gentes que habían sido miembros de la Alemania unificada de igual manera que otros alemanes; los utilizaron como una fuente de acumulación de capital primario, ya que muchos de los judíos, como la mayoría de los campesinos de Stalin, tenían posesiones dignas de ser saqueadas.

Los sionistas habían precedido a los nacionalsocialistas en reducir la religión a una raza y los nacionalsocialistas podían mirar hacia atrás, a los pioneros americanos en cuanto a los modos de usar el instrumento del racismo. La élite de Hitler solamente necesitó traducir el corpus de la investigación racista americana para poder equipar sus institutos científicos con enormes bibliotecas. Los nacionalsocialistas trataron a los judíos de la misma forma que los americanos habían tratado unos siglos antes a la población indígena de Norteamérica, excepto que los nacional-socialistas aplicaron una tecnología mucho más poderosa a la tarea de deportar, expropiar y exterminar a los seres humanos. Aunque en esto último no fueran los innovadores ya que meramente se sirvieron de las circunstancias que tenían a su alcance.

moral”; “Siempre, el máximo de libertad coincide con el máximo de fuerza del estado”; “Todo para el estado, nada contra el estado, nada fuera del estado”; De Che cosa e il fascismo y La dottrina del fascismo, citado por G. H. Sabine, *A History of Political Theory* (Nueva York, 1955), pp. 872-878.

A los fascistas y nacionalsocialistas se les unieron los constructores del imperio japonés, quienes temían que el descompuesto imperio celestial pudiera convertirse en capital preliminar para los rusos o los revolucionarios industriales chinos. Conformando un eje, los tres organizaron la conversión de los continentes del mundo en fuentes de acumulación primitiva de capital. Las demás naciones no los molestaron hasta que comenzaron a inmiscuirse en las colonias y los países de los poderes capitalistas establecidos. La reducción de los ya establecidos capitalistas a presas colonizadas se podía practicar internamente donde era legal, puesto que los dirigentes de la nación hacían sus propias leyes –y ya se habían puesto en práctica internamente por los leninistas y stalinistas. Pero tal práctica podría haber alcanzado un cambio de circunstancias y no se podía trasladar al extranjero sin provocar una guerra mundial. Los poderes del eje se extralimitaron y fracasaron en su empeño.

Después de la guerra, mucha gente razonable hablaría de los propósitos del eje como de irracionales y del Hitler como de un lunático. También, la misma gente razonable consideró a George Washington y a Thomas Jefferson como sanos y racionales incluso aun cuando estos hombres visionaron y comenzaron la conquista de un vasto continente, el exterminio y la deportación de los habitantes de este continente, en una época en la que ese proyecto era menos realizable que el proyecto del eje.⁶ Es cierto que las tecnologías, así como las ciencias biológicas, químicas y sociales aplicadas por Washington y Jefferson fueron muy diferentes a las aplicadas por los nacionalsocialistas. Pero si el conocimiento es poder, si era racional para los primeros pioneros avasallar y matar con pólvora en la época de los carros tirados

⁶ ..la gradual extensión de nuestros asentamientos harán que los salvajes, como el lobo, se retiren; siendo los dos bestias de presa, aunque “difieran en forma” (G. Washington 1n 1783). “...si alguna vez nos vemos obligados a levantar el arma contra una tribu, nunca la bajaremos hasta que esa tribu haya sido exterminada , o conducida más allá de nuestros dominios...” (T. Jefferson en 1807). “...las crueles masacres que cometieron en las mujeres y los niños de nuestras fronteras, tomándolos por sorpresa, nos van a obligar a proseguir con su exterminio, o conducirlos hasta nuevos asentamientos fuera de nuestro alcance”(T. Jefferson en 1813). Citado por Richard Drinnon en *Facing West: The Methaphysics of Indian-Hating and Empire Building* (Nueva York: New American Library, 1980).

por caballos, ¿por qué iba a ser irracional para los nacionalsocialistas el matar y suprimir con explosivos, gases y agentes químicos en la época de los submarinos, los aviones y las autovías?

Los nazis fueron, si fueron algo, más científicos en su orientación que los estadounidenses. En su tiempo fueron un sinónimo de eficacia científica para la mayoría de la gente. Tenían archivos para todo, tabulaban y contra-tabulaban sus hallazgos, publicaban sus tabulaciones en periódicos científicos. Entre ellos, ni siquiera el racismo era propiedad o frontera de la gente común, sino de los bien aprovisionados institutos.

Mucha gente razonable parece adecuar la locura con el fracaso. No sería la primera vez. Muchos tacharon a Napoleón de lunático cuando estaba en prisión o en el exilio, pero cuando Napoleón resurgió como emperador, la misma gente hablaba de él con respeto, incluso con reverencia. La prisión y el exilio no sólo son vistos como remedio para los lunáticos, sino también como síntomas. El fracaso es la locura.

Mao Zedong, el tercer pionero nacionalsocialista (o nacional comunista; la segunda palabra ya no importa dado que no es sino una reliquia histórica; la expresión “ala izquierda fascista” sirve de igual manera, pero le da menos significado que las expresiones nacionalistas) consiguió para el imperio chino lo que Lenin había conseguido para el imperio de los zares. El aparato burocrático más antiguo del mundo no se descompuso en unidades más pequeñas ni en colonias de otros industriales; emergió, muy cambiado, como la República del Pueblo, como un estandarte de las naciones oprimidas.

Su director y sus funcionarios siguieron los pasos de una larga línea de predecesores y transformaron el imperio celeste en una enorme fuente de capital preliminar, completándola con purgas, persecuciones y los sucesivos horrores que siguieron.

El siguiente peldaño, la obtención del proceso capitalista de producción, se cimentó en el modelo ruso, principalmente con la policía nacional. Pero esto no funcionó mejor de lo que lo había hecho en Rusia. Aparentemente, la función empresarial tiene que ponerse en manos de hombres de confianza o en advenedizos capaces de atraer a otras gentes y la policía, en general, no inspira demasiada confianza. Pero esto era menos importante para los

maoístas de lo que había sido para los leninistas. El proceso de producción capitalista sigue siendo importante, al menos tan importante como los impulsos regularizados de acumulación primitiva, dado que sin el capital no hay poder ni nación. Pero los maoístas hicieron pocas y cada vez menos reclamaciones de su modelo como un método superior de industrialización; en este punto son más modestos que los rusos y quedan menos decepcionados de su policía industrial.

El modelo maoísta ofrece el mundo a los guardias de seguridad y a los estudiantes, el mundo como una metodología de poder comprobada y experimentada, como una estrategia científica de liberación nacional. Conocida, en general, como “el pensamiento de Mao-Zedong”, esta ciencia ofrece a los aspirantes a dirigentes y a los altos cargos el proyecto de un poder sin precedentes entre los seres vivos, actividades humanas e incluso ideas.⁷ El papa y los sacerdotes de la Iglesia Católica, con todas sus inquisiciones y creencias, nunca tuvieron tal poder, no porque lo hubieran rechazado sino porque carecían de los instrumentos que la tecnología moderna y la ciencia habían hecho servibles.

La liberación de la nación es el último paso en la eliminación de los parásitos. El capitalismo ya había aclarado en otras ocasiones la naturaleza de los parásitos y reducido gran parte de la naturaleza a materias primas para industrias procesadoras. El nacional-socialismo moderno o el social nacionalismo defiende, asimismo, el propósito de eliminar a los parásitos de la sociedad. Los parásitos humanos son a menudo fuentes de capital preliminar, pero el capital no es siempre material; puede ser también espiritual o cultural. Las costumbres, los mitos, la poesía y la música de la gente se liquidan fácilmente; parte de la música y de las costumbres de la última “cultura popular” reaparecen seguidamente, procesadas y empaquetadas como elementos de un espectáculo nacional, como decoraciones de los impulsos de acumulación nacional; las costumbres y los mitos se convierten en materias primas para ser procesadas por una o varias de las ciencias humanas. Incluso se elimina el resentimiento inútil de los asalariados hacia su trabajo alienado. Cuando la nación es liberada, el trabajo deja de ser una carga onerosa y se convierte en una obli-

⁷*Quotations from Chairman Mao Citas del jefe Mao* (Pekín: Dep. político del ejército de liberación del pueblo, 1966).

gación nacional, para ser llevada a cabo con alegría. Los habitantes de una nación completamente liberada leen la obra de Orwell *1984*, como un estudio antropológico o una descripción de antaño.

No es posible satirizar más este estado de cosas. Toda sátira corre el riesgo de convertirse en una Biblia para otro frente de liberación nacional.⁸ Todo satírico corre el riesgo de convertirse en el fundador de una religión nueva, Buda, Zaratustra, Jesús, Mahoma o Marx. Toda exposición de las secuelas de un sistema dominante, toda crítica de los resultados de un sistema, se convierte en espuelas para los caballos de los libertadores, materiales servibles para los armadores. El pensamiento de Mao Zedong, en sus numerosas versiones y revisiones es una ciencia completa, como también es una tecnología completa; es física social y también es metafísica cósmica. El comité francés de salud nacional exigió encarnar, únicamente, la voluntad general de la nación francesa. Las revisiones del pensamiento de Mao Zedong reclamaban la encarnación de la voluntad general de los oprimidos del mundo entero.

Son necesarias las constantes revisiones de este pensamiento porque sus formulaciones iniciales no fueron aplicables a ninguna de las poblaciones colonizadas de la tierra. Ninguno de los pueblos colonizados compartía la herencia china de haber aguantado un aparato estatal en los últimos dos mil años. Muy pocos de los oprimidos del mundo habían poseído ninguno de los atributos de una nación en un pasado reciente o distante. El pensamiento de Mao tenía que ser adaptado a gentes cuyos antepasados habían vivido sin dirigentes nacionales, sin ejércitos o

⁸ Negros y rojos intentaron satirizar esta situación hace unos tres años con la publicación de un engañoso *Manual para líderes revolucionarios*, una guía de “cómo hacer las cosas”. Su autor, Michael Velli, se ofreció hacer para el revolucionario príncipe moderno lo que Maquiavelo había ofrecido al príncipe feudal. Este falso “Manual” fusionó el pensamiento de Mao con los de Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler y sus sucesivos seguidores; ofrecía sabrosas recetas para la preparación de organizaciones revolucionarias y la consecución total del poder. Asombrosamente, por lo menos la mitad de pedidos de este “Manual” vino de parte de aspirantes a liberadores nacionales y es posible que algunas de las actuales versiones de la metafísica nacionalista contengan recetas ofrecidas por Michael Velli.

sin policía, sin procesos de producción capitalista y por consiguiente, sin la necesidad de capital preliminar.

Estas revisiones se llevaron a cabo por medio del enriquecimiento del pensamiento inicial con préstamos de Mussolini, Hitler, y del estado sionista de Israel. La teoría de Mussolini de la culminación de una nación en estado fue la meta central. Grupos de gentes, grandes o pequeños, industriales o no, concentrados o dispersos, fueron vistos como naciones, no en términos de su pasado sino en términos de su aura y su potencial, un potencial incorporado en sus frentes de liberación nacionales. El tratamiento de Hitler (y el de los sionistas) de la nación como entidad racial fue otra meta central. Los altos cargos se reclutaron entre gentes desprovistas de las costumbres y relaciones de sus antepasados y consiguientemente, a los liberadores no se les distinguía de los opresores, en términos de lenguaje, creencias, costumbres y armas; el único material servible que los unía entre ellos y a sus masas de base era el material que había sujetado a los sirvientes blancos a sus jefes blancos en la frontera estadounidense; el salto racial les dio identidad a los que no la tenían, relaciones a quienes no tenían ninguna, comunidad a los que la habían perdido; fue el último logro de los desposeídos culturalmente.

Una vez el pensamiento maoísta revisado, se podía aplicar a los africanos igual que a los navajos, a los apaches como a los palestinos.⁹ Los préstamos de Mussolini, Hitler y los sionistas son judi-

⁹ No exagero. Tengo ante mis ojos un panfleto tan extenso como un libro, titulado *La Mitología del proletariado blanco: un corto camino para entender Babilonia* de J. Sakai (Chicago: Morningster Press, 1983). Como aplicación del pensamiento de Mao Zedong a la historia estadounidense es el trabajo maoísta más sentimental de los que he visto. Documenta y describe, a veces vívidamente, la opresión de los esclavos africanos en América, las deportaciones y el exterminio de los habitantes indígenas del continente americano, la explotación racista de los chinos, la reclusión de los japoneses americanos en campos de concentración. El autor moviliza todas estas experiencias de despiadado terror, no para buscar modos de atacar el sistema que los perpetró, sino para urgir a las víctimas que lo sufrieron a reproducir el mismo sistema entre ellos. Salpicados de fotografías y citas de jefes como Stalin, Lenin, Mao y Ho-Chi-Ming, este trabajo no intenta ocultar o disfrazar sus propósitos represores; urge a los africanos, a los navajos, a los apaches y a los palestinos a organizarse en partido, a atacar al poder, y a liquidar a los parásitos.

ciosamente encubiertos, porque Mussolini y Hitler fracasaron en su intento de mantener el poder conseguido y porque los brillantes sionistas convirtieron a su estado en la policía mundial enfrentada a todos los demás frentes de liberación nacional. A Lenin, Stalin, Mao Zedong se les debe conceder todavía más crédito del que merecen.

Estos modelos revisados, universalmente aplicables, funcionan más o menos como sus originarios, aunque más sutilmente; la liberación nacional se ha convertido en una ciencia aplicada; su aparato se ha comprobado frecuentemente; las numerosas relaciones originales han sido desde entonces atadas y bien atadas; todo esto se necesita para hacer que su dispositivo funcione con su conductor, con su canal de transmisión y con su combustible.

El conductor, por supuesto, es el mismo teórico o su discípulo más cercano. El canal de transmisión son los encargados generales, la organización -también llamada Partido- o el partido comunista. Este partido con una *ce* pequeña es exactamente lo que la gente cree que es. Es el núcleo de la organización policial que lleva a cabo la purga y que, a su vez, resulta purgado tan pronto como su líder se convierte en el líder nacional y necesita revisar su ideología en tanto que se adapta a la familia de las naciones o, por lo menos, a la familia de los banqueros, a los proveedores de municiones y a los inversores. Y el combustible: la nación oprimida, las masas sufrientes, el pueblo liberado, son y continuarán siendo, su combustible.

El líder y sus directivos generales no provienen del extranjero; no son agitadores foráneos. Son productos integrales del proceso de producción capitalista. Este proceso de producción se ha venido acompañando, invariablemente, del racismo. El racismo no es un componente necesario de la producción; pero el racismo, en cierta forma, ha sido un componente necesario del proceso de acumulación primitiva de capital y casi siempre ha derivado en el proceso de producción.

Las naciones industrializadas se procuraron el capital preliminar mediante la expropiación, la deportación, la persecución y la segregación, sino fue con el exterminio de los pueblos designados como legítimas presas. Se rompieron lazos familiares, se destruyeron zonas y paisajes, orientaciones culturales y se extirparon vías de comunicación.

Los descendientes y sobrevivientes de tales despojos son afortunados si conservan sus reliquias más elementales, las sombras más sutiles de las culturas de sus antepasados; a algunos de estos descendientes ni siquiera les quedan sombras; se encuentran totalmente des-provistos; acuden al trabajo; más adelante engrandecen el mecanismo que destruyó la cultura de sus ancestros. Y en el mundo del trabajo son relegados a los márgenes, a los trabajos más desagradables y peor pagados. Esto los vuelve locos. Un empaquetador de supermercado, por ejemplo, sabe más sobre demandas y existencias que el propio encargado; saber que el racismo es la única razón por la que él no es el encargado y éste no es el empaquetador. Un guardia de seguridad sabe que el racismo es la única razón por la cual no es jefe de policía. Es entre las gentes que han perdido sus raíces, entre los que sueñan para sí mismos con los puestos de encargados de supermercado y jefes de policía, donde el frente de liberación nacional encuentra sus propias raíces; entre ellos es donde se forman el líder y sus directivos más importantes.

El nacionalismo continúa atrayendo a los desposeídos porque otros proyectos se presentan como vacíos. La cultura de los ancestros se ha destruido, y según los postulados pragmáticos fue un fracaso; los únicos antepasados sobrevivientes fueron los que se acomodaron al sistema de los invasores, aunque sobrevivieron en los límites de los montones de basura. Las diferentes utopías de los poetas, de los soñadores, y las numerosas mitologías del proletariado han fracasado también; no se han demostrado como válidas en la práctica; no han sido más que quimeras, sueños rotos, castillos en el aire, y el proletariado actual es tan racista como sus jefes y la policía.

El empaquetador y el guardia de seguridad han perdido contactos con la antigua cultura; los sueños y las utopías ya no les interesan; de hecho, se encuentran rechazados por la oportuna atención de los hombres de negocios hacia los poetas y soñadores. El nacionalismo les ofrece algo concreto, algo que se ha verificado y comprobado y que se sabe que funciona. No hay razón terrenal para que los descendientes de los perseguidos sigan siendo perseguidos cuando el nacionalismo les ofrece la posibilidad de convertirse en perseguidores. Familiares cercanos y lejanos de las víctimas pueden convertirse en una nación-estado racista; pueden, asimismo, empujar a otras gentes a cam-

pos de concentración, manejar la voluntad de otras gentes, perpetrar luchas genocidas contra ellos, procurarse capital preliminar al expropiarlos. Y si los “familiares raciales” de las víctimas de Hitler pueden hacerlo, del mismo modo lo harán los familiares lejanos de las víctimas de Washington, Jackson, Reagan o Begin.

Toda población oprimida puede convertirse en una nación, un negativo fotográfico de la nación opresora, un lugar donde el último empaquetador sea el encargado del supermercado, donde el policía de seguridad sea el jefe de policía. Aplicando la estrategia correcta, cada guardia de seguridad puede seguir el precedente del antiguo guardia pretoriano de la Roma imperial. El policía de seguridad de un complejo minero extranjero puede declararlo, él mismo, como república, liberar a su gente, y seguir con su liberación hasta que no quede nada más que implorar por el fin de la liberación. Incluso antes de tomar el poder, un grupo puede denominarse a sí mismo Frente y ofrecer a las pobres gentes que sufren impuestos elevados, así como fuerte vigilancia, algo de lo que ellas carecen: una organización recolectora de impuestos y unos capataces, principalmente, campesinos y policía, de entre su propia gente. De este modo al pueblo se le puede liberar de las huellas de sus antepasados victimizados; todas las reliquias que todavía sobreviven desde los tiempos preindustriales así como las culturas no capitalistas pueden, por fin, ser permanentemente extirpadas.

Es errónea la idea de que la comprensión del genocidio, o la memoria del holocausto pueden únicamente llevar al pueblo a desmantelar el sistema. El continuo atractivo del capitalismo sugiere que lo opuesto es más cierto, teniendo en cuenta que la comprensión del genocidio ha llevado al pueblo a movilizar armas genocidas, que la memoria del holocausto ha llevado a los pueblos a perpetrar holocaustos. Los poetas sensibles que recordaron la pérdida, los investigadores que la documentaron han sido como los científicos puros que descubrieron la estructura del átomo. Los científicos aplicados usaron el descubrimiento para dividir el núcleo del átomo, para producir armas que pueden dividir cada núcleo del átomo; los nacionalistas usaron la poesía para dividir y aniquilar poblaciones humanas, para movilizar armas genocidas, para perpetrar nuevos holocaustos.

Los científicos puros, los poetas e investigadores se consideran inocentes por los paisajes devastados y los cuerpos destrozados ¿Son inocentes?

Me parece que, por lo menos, una de las observaciones de Marx es verdadera: cada minuto dedicado al proceso de producción capitalista, cada idea contribuyente al sistema industrial, alargan cada vez más un poder que es contrario a la naturaleza, a la cultura, a la vida. La ciencia aplicada no sólo es un ente extraño; es una parte integral del proceso de producción capitalista. El nacionalismo no surge desde afuera, es un producto del proceso de producción capitalista, así como los agentes químicos envenenan los lagos , el aire, los animales, y las gentes; así como las plantas nucleares radioactivan micro-ambientes en preparación para la radioactivación de macroambientes. □

Como postdata me gustaría contestar una pregunta antes de que se me plantee. La pregunta es: ¿No piensas que a un descendiente de un pueblo oprimido le corresponde el puesto de encargado de un supermercado o el de jefe policial? Mi respuesta es otra pregunta: ¿Qué encargado de un campo de concentración, qué verdugo nacional o qué torturador no son descendientes del pueblo oprimido?